SU ESPÍRITU GENIAL.

B. Angelico. — San Francisco.
Existente en el Convento San Marco en Florencia.

Alegre como el mundo, y siglos, como la vida del mundo.

De las ignoradas profundidades de los montes surge la fuente, clara como un espejo. De un alma tocada por Dios y llena de su gracia brota una opinión del mundo, que compite en claridad y fuerza con toda fuente. El agua que mana de las grietas de las peñas, del fondo del prado o de entre el musgo de los bosques, recibe con sus caricias las ramas de los árboles del bosque y las flores, y el rayo, y las nubes, y el cielo azul con su sol, y la luna, y las estrellas. Juega con ellos; arremolina las imágenes de las criaturas que refleja sobre piedras, troncos, cañas, las vuelve, las voltea, y corre con ellas a través

de los aterciopelados prados ... ¡Quién sabe a dónde!

Los claros ojos del hombre son el reflejo amable de un alma alumbrada por el sol de la gracia divina y reflejada con mayor intensidad. A un tiempo mismo recibe la imagen exterior y el fondo del mundo, profundo y divino.

Los ojos no cegados por el pecado son un puente entre dos mundos: el exterior, y el interno, sin límites, habitado por Dios. Francisco era puente y exclusa. En su ser se abrazaron los rayos de la gracia divina con los de la hermosa criatura. Feliz, extendía sus manos hacia la creación visible, mientras que la luz maravillosa que le inundaba irrumpía a través de sus miradas y envolvia el mundo visible en su ser divino. ¿Qué podríamos decir respecto a la visión que Francisco tuvo de la naturaleza, allá donde la vida espiritual aparece sin afeites ni ocultaciones? Con el entusiasmo del salmista contemplaba el cielo, el sol, las estrellas, la luna,

la tierra, los bosques, los montes, todo el reino de los animales y de las plantas. En todas partes veía y oía a su Dios amado. Transparentes le aparecían los seres creados, y desde las finas capas de éter que envuelven los astros, hasta el aire que rodea nuestra tierra, resonaba, para su oído, inexplicable armonía. Completamente cercado de imágenes y cánticos divinos, Francisco recorría ébrio de gozo y gratitud, su vida.

Perdonemos, pues, al elegido de Dios, que olvidando su edad jugara, como un niño, con las flores y los gusanitos del campo. ¡Ah! ¡Cuántas veces lo olvidaba en diálogos con las alondras, los halcones, las cigarras! ¡O llevaba un cordero a la capilla! Esta atracción hacia la naturaleza le dominaba, porque en todas partes veía a Dios y sus oídos sólo percibían divinos cánticos. ¿Quién no se regocijaría, alborozado, si a Dios hallase en su camino? Las «Florecillas» refieren esa alegría por la Naturaleza, pura y sobrehumana, de inimitable manera. Oigamos cómo relatan

el sermón que en cierta ocasión dirigió a unos pajarillos:

«Fué al campo — narra el viejo texto — y comenzó a predicar a los pájaros que picoteaban por la tierra. Repentinamente, los que estaban en los árboles acudieron hacia él y todos juntos permanecieron tranquilos hasta que San Francisco hubo acabado su sermón. Tampoco entonces emprendieron el vuelo, y aguardaron la bendición del Santo. Según el hermano Massao refirió más tarde al hermano Diego de Massa, San Francisco se colocó entre los pájaros, tocándolos con su hábito, sin que ni uno de ellos se moviese. El contenido del sermón de San Francisco fué como sigue: «Amados pajaritos y hermanos mios: Muy obligados estáis a Dios, nuestro creador, y constantemente, en cualquier lugar donde os halléis, habréis de alabarle, porque os ha dado un doble, triple vestido, y además la libertad de poder volar por todas partes. Vuestra simiente fué conservada en el Arca de Noé, a fin de que

vuestra especie perdure en el mundo. Le estáis obligados, además, por haberos concedido el aire. Vosotros no sembráis y por lo tanto no recolectáis, y a pesar de ello encontráis comida, esto es, un nuevo don de Dios, que os da, además, ríos y fuentes para beber, los montes y los valles para refugio vuestro, y los altos árboles para que en ellos fabriquéis vuestros nidos. No sabéis ni tejer ni coser, y Dios os viste a vosotros y a vuestras crías. ¡Mucho debe de quereros vuestro Creador cuando tantas bendiciones os regala! Libraos, hermanos míos, del pecado de la ingratitud y esforzaos siempre por alabar a Dios. Al terminar San Francisco esas palabras, todos los pájaros comenzaron a abrir sus picos y a alargar sus cuellos, a mover las alas y a inclinar devotamente sus cabezas. Con sus movimientos y sus cantos intentaban dar a entender que las palabras del santo varón les llenaba de alegría. San Francisco participó del gozo de los animalitos y quedó asombrado ante el gran número de

pájaros, de su belleza, de su variedad, de su atención y de su familiaridad. Así alabó con ellos, devotamente, al Criador. Terminado el sermón, San Francisco hizo por fin, la señal de la cruz sobre sus oyentes, y les permitió que emprendiesen el vuelo. Entonces, y de una manera ordenada, todos los pajaritos se remontaron en el aire, entonando maravillosos cantos. Siguiendo los brazos de la cruz que el Santo había trazado sobre ellos, se dividieron en cuatro partes, dirigiéndose una de ellas hacia el este, otra hacia oeste, la tercera hacia el sur y la cuarta hacia el norte. Cada bandada entonó maravillosos cantos. Este sermón declaraba a San Francisco abanderado de la divina enseña de Cristo, indicando los caminos de la fe. Así tambien, el sermón de la Cruz, de Jesucristo, renovado por San Francisco, y por sus hermanos, debería ser llevado por éstos a los cuatro puntos cardinales de la tierra. Y como los hermanos, a semejanza de los pájaros, carecen también de propiedades en ese mundo,

han dedicado su vida solamente a la providencia divina.

En verdad, el amor de Francisco a la Naturaleza y su franca sinceridad, se han transmitido a sus hijos con la pobreza de la Orden. La dirección del alma de la Orden franciscana es una concepción artística y alegre del mundo y de la vida. Lleno de gratitud, el hermano mira en el florido mundo de Dios, mira tras él y reconoce su fondo divino. De la misma manera dirige su vista, alegre y sin miedo, hacia el variado juego de la vida humana alabando al Creador, que recompensa la bondad y castiga la maldad, perdonando el pecado y advirtiendo al pecador. Naturaleza y vida son los cauces que sigue el sermón franciscano; ¡formidables textos! pero no necesita él llevarlos consigo: en todas partes los halla. Alegría, profundidad y energía que convencen surgen de esas páginas si se sabe hacerlas digno depósito de semejantes aguas vitales. Hombres como San Juan de Capistran, San Jacobo de la

Marca, San Bernardino de Siena, Bertoldo de Regensburgo y David de Ausburgo se pueden concebir solamente por el citado conjunto. Su manera de comprender el alma del pueblo, apoyada por la sencilla vida que llevaban, tenía un carácter terrenal y áspero, y a la vez llevaba el sello de la visión del arte.

Todos los años sonríe nuevamente la Naturaleza, la luz vibra constantemente y las gavillas ofrecen sin cesar sus frutos. La misma alegría del mundo y la fuerza de la juventud permanecen en la Orden de San Francisco, que conserva el espíritu de su fundador.

El amigo de los hombres.

La vida de gracia manifiesta sus más preciosos encantos cuando aparece con la lozana naturaleza unida a la fresca armonía. Cuanto más fuerte surge del interior el elemento divino; cuando, debido a ello crece con mayor naturalidad la bondad humana, tanto más cariñoso y más activo aparece el Santo. No sólo lo sobrenatural hace de San Francisco un asceta, por naturaleza amante del mundo, sino que también su innata disposición le inclina al amor, como dijimos al referir sus años juveniles. Intensas debieron de ser en él ambas predisposiciones a juzgar por el número de seres que las olas de su vida espiritual trajeron en derredor suyo. Sin excepción les amaba: hom-

bres sencillos de los campos, perezosos caminantes, leprosos, mendigos, alegres trovadores, bandidos, niños juguetones, plebeyos, patricios, todos, en fín, recibieron su afecto. ¿Acaso no eran todos hijos de un mismo padre? Más lo eran que las criaturas faltas de inteligencia a las que, sin embargo, llamaba *hermanos y hermanas*. Aquí surge la concepción que de Dios tenía nuestro Santo, muy personalmente suya, y que no estaba más alejada del medioevo que del cristianismo, pero que entonces había cedido a otra más fuerte. Para el cristiano de los primeros tiempos, Dios era el rey, el monarca, a quien tenía que prestar servicios de guerra y corte. Para Francisco era el padre a quien se dirigía infantilmente. Jamás el pensamiento de estas infantiles relaciones habría sido tan vivo del no haberse engendrado en una naturaleza predispuesta a la *realidad* y a afecto sano hacia los hombres. Lo que Federer ha escrito, de una manera magistral sobre Bernardo de Siena respecto a su amor

a los hombres, puede también aplicarse, con exceso, a San Francisco. Las almas mezquinas sólo ven los horrores y las manchas de la naturaleza humana, pero los espíritus grandes descubren en ella hermosos rasgos divinos, variedad fresca y coloreada, la estela luminosa que dejan tras sí eternas lejanías sobre los grupos humanos y brillan secretamente sobre cada uno de ellos. Y donde todas esas fuerzas se reunen, como acaece en San Francisco, donde la humanidad despierta interés y especialmente un interés sobrehumano sin que a causa de este sentimiento se olvide el cariño humano, allí nacen los santos, varones del pueblo, los hombres que envolviendo a sus hermanos en afecto fraternal desparraman una actividad perdurable sobre su propia vida y sobre la vida de los siglos.

En el amplio círculo de sus hermanos, el Santo era tan cariñoso y complaciente que sus afectuosidades se recordaban durante mucho tiempo después de su muerte. En el

«Speculum» encontramos diversas pruebas de nuestro aserto: «Estando el beato Francisco — se lee en uno de sus capítulos — nuevamente cerca de Rio Torto, enfermó un anciano y piadoso hermano de la Orden. Cada vez que el beato Francisco le encontraba se compadecía de él. Pero como en aquellos tiempos tanto los hermanos sanos como los enfermos preferían, alegremente, la pobreza a la abundancia, y ni exigían ni empleaban en sus enfermedades medicina alguna sino que ávidos de satisfacciones tomaban aquello que más daño causaba al cuerpo, el beato Francisco pensó: «Creo que si ese hermano comiese al amanecer, en ayunas, algunas uvas maduras, mejoraría su salud» De acuerdo con su creencia, un día se levantó muy temprano, llamó silenciosamente al hermano enfermo y le condujo a una viña próxima al pueblo. En ella señaló una vid de la que pendían hermosas uvas maduras, se sentó al lado de la cepa y, como el hermano enfermo, comió uvas, a fin de que aquél no se violentase

comiendo solo. Mientras comían, desapareció la enfermedad del hermano, y juntos alabaron a Dios. Pero el hermano mantuvo vivo, durante toda su vida, el recuerdo del amor y de la compañía bondadosa que el santo padre le había mostrado y demostrado, y con mucha frecuencia refirió en el círculo de hermanos ese hecho, llorando emocionado y lleno de devoción.»

También es digna de tenerse en cuenta, al lado de esa cariñosa manera ascética y sana de amar a los hombres, la descripción psicológica artística que Federer ha hecho del tratamiento delicado, natural y lleno de luz con que Francisco trató a su primer compañero y la cuidadosa atención con que se preocupaba de ser amigo de los hombres.

De fuentes más sobrenaturales fluyó el anhelo del Santo, tan amplio como amplio es el mundo, de salvar a los hermanos que languidecían, faltos de la gracia divina, en oscuras regiones terrenales. A Marruecos marchó para llevarles la salud espiritual y

morir por ellos, y ése fué el primer soplo misionero infiltrado a la Orden desde su más joven creación. Hoy la Orden franciscana ocupa las primeras filas con respecto a la extensión de los territorios recorridos por sus misioneros, con respecto a la obra de éstos y, en suma, con respecto a la organización y amorosa actividad de sus misiones. Desde hace setecientos años respiran sus claustros ansia de trabajo misionista y de sacrificios misioneros, profesión seductora, evidentemente para esos jóvenes que, bajo el hábito de San Francisco pretenden conquistar el mundo.

Pero tampoco era para el Santo suficientemente extensa la franja de tierra en cuyos alrededores actuaban sus misioneros. Sus fraternales pensamientos intentaban abarcar mayor cantidad de círculos humanos. En su deseo, el devoto varón tomó la resolución de enviar cartas a toda la cristiandad, pensamiento cuya única explicación puede radicar en su ilimitado amor al prójimo. El escrito no encierra gran importancia, y su sólo

mérito reside en la idea que perseguía. Como en todas las ocasiones, la mayor grandeza de San Francisco estriba en su propio ejemplo, en que la energía de la idea tomaba en él cuerpo interviniendo para intentar cambiar y reformar el mundo.

Dejó como herencia el amor a sus hermanos. Como una especie de fuego interior se apoderó de ellos, muchos de los cuales anduvieron en realidad a través de hogueras para salvar a su amado pueblo. Raya en la heroicidad el hecho relatado por el misionero de pueblos, Dietrich Coelde, que en 1489 asistía en Bruselas a los enfermos de peste: «Había erigido en la plaza del mercado, durante la gran epidemia, una tienda de campaña donde se guardaba la Sagrada Forma. En la dicha tienda acostumbraba a celebrar el sacrificio de la misa y distribuir el pan del Cielo a aquellos enfermos que podían caminar, y, más tarde, visitaba en sus moradas a los imposibilitados.»

Verdaderamente franciscano, por la na-